

MS 385
1049/1764
c. 1

Viernes 3 de Marzo de 1922

NO IMPORTA: SON OPINIONES PERSONALES

Interrogados los Ministros asistentes al Consejo de la Mañana, nos manifestaron que el telegrama dirigido por S.E. al señor Carlos Cousiño, era un acto personal del Presidente de la República, al cual los Ministros eran absolutamente ajenos.- (De la prensa de ayer).

El público piensa, por lo general, que las opiniones de los mandatarios, como hombres de gobierno, coinciden o, por lo menos, tienen cierta semejanza con sus opiniones personales.

Este error, en el cual más de una vez han incurrido los propios ministros del despacho, ha solido ocasionar situaciones bien molestas. Los antiguos políticos se hallaban poco familiarizados con la teoría del desdoblamiento de la personalidad. Estaban acostumbrados a secundar a presidentes que, como hombres y como mandatarios, opinaban en el mismo sentido.

Con el señor Alessandri, sucede todo lo contrario: hay un abismo insondable entre las apreciaciones del presidente y las del ciudadano.

Las primeras, que sólo conoce el público tamizadas a través del ministerio, son graves, serias, moderadas, como corresponde a la opinión de un estadista, y tienen, según parece, indiscutible importancia. Las otras que salen ex-abrupto de la prensa, con el aire gracioso, multicolor y carnalesco de una serpentina, son opiniones y, al decir de los ministros, no tienen importancia alguna. Ni quitan ni ponen rey, ni alteran la situación, ni causan crisis. Se las mira como simples desahogos epistolares u oratorios.

El público se ha acostumbrado también a este proceder, y, con ese bendito buen sentido que es patrimonio de la raza, hace la distinción desde el primer momento entre la palabra presidencial que vale y la que no vale.

Cuando el señor Alessandri desde el balcón de la Moneda acusa al Parlamento de errores o desidia, cuando asiste a una reunión y opina en contra del gobierno, cuando defiende al señor Gomez Solar, cuando dirige telegramas en pro de Broughton, Cruz, etc., cuando manifiesta ideas contrarias a sus ministros, cuando toma partido en un sentido u otro en la huelga carbonífera, la gente alza los hombros tranquila, casi sonriente:

-¡Pah! No importa.... !Son opiniones personales!

Lo mismo dicen los ministros y demás hombres de gobierno.

A veces -¡claro está! - los ministros se sienten algo molestos con algunas frasesillas. Hay opiniones que hieren, aun cuando sean personales; pero, pasado el primer momento, recobran la filosofía de aquel referee que en un desafío a florete decía al contendor, atravesado en el abdomen por el arma enemiga:

-Como el golpe de su adversario es prohibido, usted tiene perfecto derecho a sentirse no tocado...

Y todo sigue así perfectamente. Los aludidos, con un patriotismo y una abnegación que el público, por fortuna, aprecia en todo lo que vale, se comprimen con ambas manos la herida y exclaman con la forzada sonrisa de la dueña de casa que ve un jarrón de Sevres hecho pedazos en mitad del baile:

-No importa. No ha sido nada... una casualidad... una opinión personal... A cualquiera puede pasarle lo mismo...!

Yo bendigo la idea feliz de las opiniones personales. !Cuántos disturbios políticos, cuántas ofensas a la dignidad del gobierno, cuántos compromisos internacionales se han evitado con la excusadora teoría!

La cuestión está en no equivocarse y saber precisamente cuándo se trata de una simple opinión personal y cuándo nó.

Pero, afortunadamente, según dicen los técnicos, este punto no es difícil: basta para orientarse, como aconsejan los geógrafos políticos, dirigir la mirada hacia el sentido común, que es el punto cardinal por donde se alza luminosa y benéfica la opinión presidencial, la opinión del mandatario, la opinión que tomará en cuenta la historia....

Colocado en esta situación el orientado, no puede equivocarse respecto al punto cardinal en que quedan las opiniones personales...

No seré yo, sin embargo, quien se lo señale al lector. Podría molestar, sin quererlo, a una de las dos personalidades tan interesantes como opuestas que constituyen la entidad del primer mandatario. Aunque, pensándolo bien, estas apreciaciones carecen de importancia; son, también, opiniones personales!

P.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile